

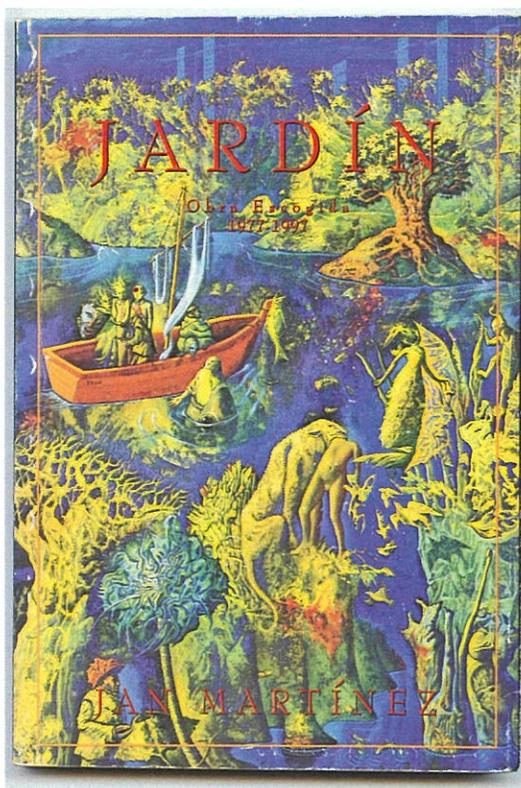
El brote insólito en el *Jardín* de Jan Martínez

Ramón Luis Acevedo Marrero

Reconozco que es una cuestión, en última instancia, de gusto; pero prefiero la poesía vital, emotiva sin melodramatismos; poesía expresiva de la condición existencial del ser humano; cordial, íntima, lírica en todo el sentido de la palabra, de lenguaje fluido y envolvente. Prefiero la poesía pulcra, trabajada con rigor, pero basada en la imaginación libre y atrevida; una poesía ingeniosa, pero no cerebral; una poesía original que no se propone serlo y que no cae en la artificialidad de relumbrón. Prefiero una poesía profunda, sugerente, misteriosa, sin ser hermética; que abra un abanico de posibilidades interpretativas y cuyos significantes fecunden la imaginación del lector; una poesía comunicante sin ser pedestre; una poesía coherente sin ser monótona; una poesía irreverente sin caer en lo estrafalario. Poesía que, por humana, es englobante e incorpora lenguajes y aspectos de la realidad tradicionalmente excluidos del poema, pero cuya presencia en la vida diaria es ineludible. Me atrae la poesía escrita sin prisa, que no tiene urgencia de aparecer impresa; poesía que responde a una urgencia personal de expresión, perfección y belleza y que no rinde culto a la fama efímera y vocinglera. Prefiero, como

lector, la poesía mediante la cual, según decían los poetas de la revista *Ventana*, nos sentimos aludidos; poesía-espejo en la cual nos buscamos y nos encontramos.

La poesía de Jan Martínez es ese tipo de poesía: vital, rigurosa, expresiva, imaginativa, comprometida con el Yo, la Realidad y la Palabra. Es la poesía a la cual as-



piró su generación: la generación del 70, a la cual el propio Jan, con Nestor Barreto, ha llamado la generación de la crisis. No obstante, dentro de esta promoción el autor de *Archivo de cuentas* se distingue con voz propia. Aunque comparte una estética coincidente, hay en él una tendencia hacia lo clásico, en el amplio y mejor sentido de la

palabra; una identificación genuina con el mundo natural, rara en su generación de poetas urbanos, y una sorprendente búsqueda de trascendencia, anhelo que encauza a través de un lenguaje hermanado con la tradición de la poesía mística hispánica, desde San Juan de la Cruz hasta Ernesto Cardenal.

La poesía de Jan Martínez es resultado de una vocación íntima y genuina que se traza a su infancia en el pueblo costero de Vega Baja, siempre presente de alguna manera en todo lo que escribe. En una entrevista de hace algunos años, Jan confesaba: “Desde que me conozco he escrito poesía. Fue la primera compañía real de la que tuve noticia y pronto descubrí que es un oficio de tanta soledad como lo fue mi vida al principio. Por eso nos llevamos tan bien. [...] En esencia, ahí reside el secreto de todo. Hay que quedarse solo para encontrarse con uno mismo... en la poesía.” Al encontrarse en soledad, el poeta se encuentra paradójicamente con su mundo, un mundo poblado por otros seres humanos,

pero sobre todo por las cosas cotidianas, por la naturaleza, por los recuerdos, las anticipaciones, los pensamientos, las vivencias y las imágenes que intentan recrearlas. Este encuentro consigo mismo en la poesía comienza a gestarse en la infancia cuando el poeta niño convive con los libros, los parientes cercanos y lejanos, el río, las

flores, los pájaros, la lluvia, las nubes y el paso del tiempo. Las imágenes y las palabras de esa tranquila infancia provinciana regresan y reaparecen continuamente en su poesía. Sus primeros poemas y su primer libro, *Minuto de silencio* (1977), se producen dentro de este ambiente pueblerino, sencillo, pero rico en experiencias, acogedor y estimulante para él. En una autoentrevista de 1996 nos revela lo siguiente:

Comencé a escribir mis primeros versos publicables para el año 1971. Mi profesor de escuela superior, el narrador Julio Meléndez, tenía, junto a otros escritores e intelectuales vegabajeños, una editorial que publicaba libros de autores en mi pueblo. Fue con la editorial Cibuco de Vega Baja que publiqué mi primera colección de poemas bajo el título Minuto de silencio.

Este primer libro apareció en 1977 y reúne poemas escritos durante los últimos años de su adolescencia y los primeros de sus estudios universitarios. Ya el poeta había comenzado a enriquecer su formación con el diálogo, la amistad y la lectura de otros jóvenes poetas como Angel Luis Torres, Angela María Dávila y José Luis Vega. El lugar de encuentro es la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Aparece en aquel momento la revista *Ventana* y Jan se identifica con el grupo que la edita. Como él mismo señala, participó “de refilón”, pero la estética abierta y a la vez rigurosa de la revista coincidía en lo esencial con la suya.

Para sorpresa del joven poeta, dos grandes críticos, a quienes le debemos muchísimo los escritores puertorriqueños de varias generaciones, por su entusiasta y generosa dedicación a las letras nuestras, se ocuparon de *Minuto de silencio*.

Me refiero a Josemilio González y Juan Martínez Capó. Con su ejemplar lucidez, ambos reconocieron su valor e identificaron rasgos esenciales ya manifiestos en la lírica del joven poeta.

Josémilio escribía:

Me parece que en Jan Martínez contamos ya con un excelente poeta lírico, mas inclinado al decir de los intimistas que a la llamada poesía social. Es obvio que en su obra se siente latir una aguda conciencia crítica de los males de nuestro pueblo. Pero su poesía es profundamente existencial. Él ha logrado decantar su expresión de manera que me impresiona por su gran economía de palabras. Y por su capacidad de ahondamiento en sus problemas. Por estos y otros méritos, es imposible guardar silencio ante Minuto de silencio.

Martínez Capó, por su parte, insistía en su rigor y su conocimiento del oficio de la buena poesía.

Hemos visto en la trayectoria del libro, como el poeta cobra conciencia de los valores de la limpieza verbal, la concisión y la contención lírica sobre los del sentimentalismo y la expresión manida y convencional. Comprende la urgencia de la poda, la disciplina, el oficio. Comprensión que augura a Jan Martínez un lugar de preferencia entre las nuevas promociones de la poesía puertorriqueña...

Diez años después aparece el segundo poemario de Jan, *Archivo de cuentas* (1987). Entre uno y otro poemario hay abundantes lecturas y experiencias vitales que el poeta incorpora en un proceso firme de maduración como poeta y como persona. El propio autor, como creador lúcido e incluso estudioso de la poesía, comenta su propio proceso.

Mi poesía se impregnaría de ironía y coloquialismo. Me inicié entonces en la lectura de autores como Nicanor Parra, Oliverio Girondo, Baldomero Fernández Moreno y otros de esta línea de poesía, digamos, coloquial, que en ese entonces me atraía enormemente. De esta nueva experiencia, con un decir distinto, surge mi segundo libro Archivo de cuentas.

El libro se gestó en Nueva York, donde el poeta había estudiado y había ocupado la posición de profesor en Lhemman College y Escritor Residente de la Casa de la Herencia Puertorriqueña. Se publicó en el Perú por recomendación del Prof. José Olivio Jiménez, uno de los más sólidos estudiosos de la poesía hispanoamericana. La publicación peruana, por la editorial Lluvia, propicia una proyección mayor de su poesía. Este es uno de los resultados de su experiencia neoyorquina, otra de las claves para entender mejor su poesía madura.

Descubrí, —nos dice— que la experiencia neoyorquina ha sido esencial en mi trabajo poético. Marcó definitivamente mi lírica. En Nueva York se afinaron mis sentidos, tuve la oportunidad de palpar y vivir experiencias extremas, de soledad, dolor, alegría, prejuicios, separación y encuentro. Creo que probé junto a mi compañera, los registros más altos del sentir en esta ciudad.

Resultado de esta intensa experiencia de cinco años es un libro, *De ida y de vuelta*, que Jan nunca ha publicado, pero cuyos poemas se integran a otros poemarios.

En cuanto a *Archivo de cuentas*, también recibió muy buena recepción crítica, con elogios de José Manuel Torres Santiago, Ángel Encarnación, Rubén Alejandro

Moreira y Pedro López Adorno. Torres Santiago habló de “un mes-ter lírico de la emoción sublimada en la nostalgia intemporal desde la cual se acerca a la cotidianidad innombrada, donde se restauran con mágica sorpresa las cosas que se enterraron en el olvido y donde se retorna al génesis de la memoria y el tiempo destruido.” (Citado en la solapa del libro.) López Adorno, por su parte, emitió un juicio contundente: “El acto de revelar la recóndita alquimia de lo cotidiano valiéndose de la superconciencia polisémica y chamánica ha convertido la obra de Jan Martínez en uno de los testimonios más lúcidos de la actual poesía latinoamericana.” (Citado en la solapa del libro.)

Jardín, incluye tres poemarios de poemas escritos entre 1977 y 1997. Se trata entonces de una especie de suma de toda su producción que sus dos libros anteriores completan. La visión de esta totalidad nos revela un poeta muy coherente y consistente. En *Jardín* aparecen temas recurrentes como la vejez y sus nostalgias, el amor y sus avatares, su intensidad y su erotismo, a veces doloroso y pleno; la condición existencial del poeta como experiencia de la condición existencial del ser humano, sujeto al tiempo, inmenso en incertidumbre y enamorado de la vida; la muerte, sus dolorosos zarpazos, su cuestionamiento de la vida, su misterio y su fascinación; la preocupación por y la búsqueda de lo trascendente; la naturaleza como presencia cotidiana que asombra, atrae y enseña; y la poesía misma como contemplación del yo y del mundo, vocación irreductible, forcejeo con la palabra y maravilla cotidiana de la creación.

Así mismo, hay significantes recurrentes que adquieren la categoría de símbolos polivalentes proyectados a través de múltiples variantes: el fuego, la luz, el agua, la sombra, el jardín, las flores, la fauna familiar; el pueblo, los familiares y amigos que pueblan la memoria, la letra, la palabra, la página marcada.

También es recurrente el tono nostálgico, sereno, de contemplador ensimismado y sensible; así como el estilo sobrio, preciso, imaginativo y contenido, de una poesía sabia y emotiva, una de cuyas dimensiones privilegiadas es la profundidad.

Para mí lo que domina y preside la poesía de Jan Martínez es, sobre todo, la aguda conciencia del tiempo y su carácter proteico; la convicción profunda de que el existente humano y todo su entorno están sujetos a la temporalidad que es parte de su esencia. Simultáneamente, se manifiesta el anhelo de trascender esta temporalidad, a veces mediante la palabra, a veces mediante la memoria, a veces mediante el acceso a una dimensión intemporal.

Jardín, volumen profusamente ilustrado con antiguos grabados que corresponden a tradiciones esotéricas y con la reproducción en la portada del inquietante óleo del pintor Rafi Trelles *La barca de los locos*, está compuesto por dos poemarios breves —Dibujos de fuego y Las artes de la muerte— y uno extenso que repite el título del libro. El primero, compuesto por veintitrés poemas breves, gira en torno al significantes plural del fuego y sus diversas manifestaciones: cirio, pavesa, hoguera, fulgor, vela, llama, lámpara, incendio, ceniza, crepúsculo, carbón. El fuego

es elemento purificador, luminoso, deslumbrante; pero también destructor, violento, proyector de sombras. Ente fluido y proteico, el fuego es metáfora de la poesía y el amor.

El título, Dibujos de fuego, alude a la poesía. El primer poema “La vela y el fuego”, de la primera parte titulada “Luz”, alude al poeta como la vela habitada por el fuego vital que proyecta su escritura en las sombras de esta existencia. El fuego:

*Renegó del bochorno ancestral de las
hogueras
de las planicies desoladas y las ruinas
hirvientes
y muy débil y muy niño
ha venido a habitar la modesta casa
de la vela
donde escribe con pedacitos de fulgor,
grabados de luz, en las paredes
de la sombra.*

En otro poema, “El polvo de la noche”, se elabora aún más esta equivalencia metafórica entre el fuego y la escritura para reflexionar sobre la huella de la poesía en la memoria.

*Recuerdo del fuego
es el desmoronado trazo
de la imagen que alumbró.
Escritura que no arde
y que ahora —ruina de la llama—
es estancia de otra tristeza,
sombrió mineral,
noche en polvo, niebla en grano,
casa que se va llenando de pobreza.*

La poesía es también espejo luminoso donde la llama, el Ser, se contempla, como en el antiguo mito de Narciso.

*Narciso la llama en el espejo.
En el cristal se desvela
el eco de un rostro que arde.*

va es también su elegía a Ramos Otero titulada "Ángel de ceniza". Mas compleja y personalizada, acorde con el carácter complejo, conflictivo y polémico del amigo a quien le dedica la elegía, me atrevo a señalar que "Ángel de ceniza" es una de las más hermosas, sentidas y logradas elegías de toda la poesía puertorriqueña. Dividida en doce secciones, arranca con la grandiosidad emotiva del apóstrofe al amigo muerto:

*Ahora que eres ceniza, sombra
del polvo,
Ahora que preferiste ser la ruina
del ala
En el triste color de la brisa,
Mientras se hacen penumbra
Tus ojos en una playa de la isla.
Ahora que eres aderezo de los vivos,
Sal y pregunta sobre la tierra que
te odió.
Ahora que urdes ángeles de humo
En la mueca de tu espanto.*

*En este ahora me pregunto
Si la vida es solo una garra
Hundida en un cuerpo
De endurecida niebla.*

En la segunda sección destaca el carácter rebelde y transgresivo del poeta manifestado en su homosexualidad plenamente asumida, pero triste; su transvestismo espiritual, su rechazo de los convencionalismos, aún de aquellos vinculados a la enfermedad y la muerte. Por eso el poeta le promete no caer en los convencionalismos del discurso fúnebre: "No habrá lamentos ni reproches, Manuel. / solo hablaremos. / No eres nada más que un ángel muerto sobre un papel vivo."

En el resto de la elegía Jan destaca la soledad de su forzado exilio neoyorquino y la ironía de que fueron los que lo obligaron a salir

los que ahora proclaman su nombre y lo llaman precursor y maestro. "Hoy en las universidades en las que nunca te dieron empleo/ eres un muerto muy conocido", le dice. Destaca su desencanto con la vida y aun con el amor, su obsesiva fascinación con la muerte y con los ángeles de cemento de los cementerios, con los ángeles de "castrado ardor" y "confusa ansiedad".

El poeta también destaca las máscaras, las transformaciones, el travestismo del poeta muerto: "Madame Otero la de la rosa japonesa", "el más griego de todos los bastardos", "el ángel lila", "Chu Otero, el que jamás volverá", "el que se castra ante la mirada atónita de los chinos", "el que se viste de María Félix y sueña que Agustín Lara le canta", "un cisne como un pétalo febril/ sollozando en el oscuro cauce de las cunetas", "espejo hecho trizas", "casa rota", "avenida de huesos". La caída del poeta transgresivo es grandiosa en su miseria, trágica en su enfrentamiento con la sordidez y el desamparo. El autor lo busca en ese momento límite y final para encontrar su verdadera definición, "antes que la tinta hurte del plagio la máscara". En ese momento decisivo Ramos Otero es "la ternura bajo el odio", "ángel de ceniza" que burla el polvo de la muerte.

El tercer poemario, *Jardín*, por mucho el más extenso de los tres, repite algunos de los temas, motivos e imágenes de los primeros dos; pero dentro de una configuración más amplia y rica. La gran metáfora del jardín, imagen tanto natural como arquitectónica, da coherencia a la diversidad de los poemas. El jardín, en oposición a la selva o el bosque, es el espacio

en el cual la naturaleza aparece ordenada y confinada, dominada por la mano del hombre. Es símbolo de la conciencia, del cosmos frente al caos, y constituye simultáneamente una metáfora del propio poemario, creación ordenada y rigurosa de la palabra, y microcosmos del mundo, mundo poético y vital del poeta. Este gran jardín, dividido en cuatro secciones, tiene manantiales, laberintos, vergeles, grutas, diversas clases de pequeños jardines, y en el centro, una hermosa y espaciosa casa.

El recorrido comienza por los manantiales, símbolos del origen de todas las cosas en el tiempo. La mirada del poeta se enfila hacia el pasado y se concentra en la evocación de los ancestros. "Ellos nos abandonaron", dice el poeta. Nos dejaron la soledad, las cotidianas costumbres, un deseo insaciable, "un dios pequeño llorando junto a una fuente", "el instante, los apellidos, el pañuelo y la bendición". "El artificio del jardín. / La precariedad del eclipse, la certeza de la noche." Los demás poemas están dedicados a la vocación de los seres queridos y familiares en su cotidianidad de tiempo pasado y ya fijo en la casa y en el "jardín antiguo y pueblerino": el abuelo, la madre, el padre... Frente a ellos prevalece la nostalgia:

*Así, mirando el transcurso de
la querida
sombra me he sentado a llorar
como siempre, como un niño,
bajo la roja copa de los almendros.*

También entre los veneros, en el vergel que es huerto con flores y árboles frutales, hay una niña que contempla la naturaleza desde el "balcón de la tarde". "Sutil como los minerales, cierta como el agua/ en el jardín está

brotando una niña.”

Del vergel pasamos a los parques y específicamente al jardín de espumas. El carácter frágil, fugaz y evanescente de la imagen se refiere al tiempo y su continuo fluir. El jardín de espumas se inicia con la imagen distante, perdida del pueblo, cuya ausencia hace del poeta, que lo ha abandonado, un extranjero. El poeta ha seguido el destino de la mano siniestra del poema dedicado a su heterónimo Ignacio Doria, una mano libre, libertina, poderosa y anárquica que rechaza la vida convencional de la derecha. Esto se confirma en un excepcional poema, “Autorretrato del poeta a los 38 años”, donde se manifiesta una nueva perspectiva, sabia y madura, frente a la vida, que reconoce, ante todo, su esencia temporal.

De los veneros pasamos al jardín de infantes en cuya entrada encontramos un pequeño zoológico que componen un tigre disecado, una paloma aplastada por los automóviles y una jaula de simios. El tigre proyecta la ilusión del tiempo detenido, la paloma evidencia la precariedad del cuerpo y de la vida y los simios son imagen de una humanidad mas pura y natural. La infancia, la perspectiva ingenua y fresca de la infancia, es lo que preside este jardín que se inicia con un ingenioso “Abecedario” y culmina con la visión de una señora “bella todavía” que aun conserva las ilusiones de su adolescencia. Revolotean mariposas, haikus de dos líneas; se narra un cuento modernista que protagonizan los sapos, y abundan las flores lila y los lagartijos. También se narra, en un poema en prosa casi cuento, la fábula del niño que vivía en un lugar mágico y próximo porque era un duende que iba

a la escuela y estudiaba para fantasma. Los miedos de la infancia también se hacen presentes en el hermoso poema “La tormenta eléctrica”, reflexión sobre el misterio de la posible omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia de Dios, partiendo de la imagen infantil del Ser que habita el cielo.

*Por qué cuando mueve los muebles
y cambia su comfort
aquí abajo hay truenos y relámpagos
y es de noche y le pregunto al abuelo
y tengo mucho miedo.*

De aquí, por contraste, pasamos al laberinto de las víboras que, como indican los versos del soneto de Góngora que preside la sección, es el amor erótico, pasional, a veces violento y conflictivo, placer dominador e intenso.

*Entonces la noche los sintió amarse
densos, perdidos en un páramo perfecto,
abolidas las llaves, el exacto portafolio,
las máscaras, las manecillas
cruelles del alba, alumbrados por el deseo,
otoidados del olvido, acogidos por
la mansa mariposa del sudor.*

El laberinto es también la ciudad, en este caso Nueva York, escenario de varios poemas de esta sección; ciudad de libertad, transgresión y búsqueda del placer.

Del laberinto de las víboras caemos al laberinto del azar, del juego, que se convierte en metáfora de la vida, cuyo sentido último se nos escapa. Desde la eternidad los dioses “con un soplo de sus manos/ borrarán nuestros juegos/ por impertinentes y faltos de sentido”. En el centro de este laberinto está la muerte vestida con el traje del alfil, de movimientos arteros y diagonales, la pieza mas peligrosa del tablero, y de la cual se nos habla en un her-

moso poema en prosa.

Por fin llegamos a la casa del alarife, jardín interior del maestro constructor que no es otro que el poeta. Es luminosa la casa; poblada de un aire sereno y sosegado; multiplicada en la abundancia de sus espejos. Por la ventana se contempla la espaciosa belleza del paisaje y se escucha el canto del ruiseñor “al que no daña la tormenta”. El acercamiento a la naturaleza adquiere un aspecto franciscano. El mundo natural es un libro abierto en el cual leemos el verdadero sentido del universo. “Este es el único libro/ que te es dable conocer. / Lo demás es el caos, / la nada cuantificada.”

En la serenidad de su casa el poeta reflexiona sobre la insignificancia de las cosas, la presencia de Dios que se manifiesta en la naturaleza, el amor, el sentido de la vida, y, sobre todo, la escritura y la poesía, que se metafórica en jardín en cuyo terreno, la página en blanco, brotan flores y transitan hormigas de tinta. El poeta interroga a la poesía en “Preguntas al trovador” y se reafirma en el cultivo de la rosa negra, metáfora final del poema y la poesía con la cual se cierra este hermoso, sabio, denso y variado libro-jardín. La rosa negra es: “La rosa que crece en la página/ bebe tinta y apura sombra, / en el trazo que es jardín derramado.”

Este brote insólito del jardín, flor mágica e imposible que se hace posible en la escritura, es el fruto depurado que Jan Martínez nos ofrece.

*Esta es la rosa que propongo,
la rosa que venció al tiempo,
la inmaculada rosa negra.*